

que queréis daros realmente á mí en la santa Comunión. Yo os recibiré con mucha frecuencia, y en particular el primer viernes de cada mes, según vuestro deseo. Y no quedaré satisfecho mientras no pueda exclamar en verdad: He encontrado mi corazón en vuestro Corazón: *Inveni cor meum ut orem Deum meum*. He encontrado vuestro Corazón para amaros, Jesús, para amar á Dios, para amar á María, para amar á mis hermanos, para orar, para trabajar y para sufrir; he encontrado vuestro Corazón para morir como cristiano, como santo, y merecer así la vida del eterno amor.



LAS CINCO LLAGAS.

I.—ADORACIÓN.

La verdad de las Cinco Llagas.

¿UÉ son esas Llagas que tenéis en medio de vuestras manos?»

Creo, oh Jesús, que Vos sois el Cristo verdadera y realmente presente en el Sacramento. Creo que vuestros pies y vuestras manos y vuestro pecho sacratísimos conservan bajo los velos eucarísticos, en la gloria del cielo, los signos sagrados de las Llagas que se os hicieron en vuestra pasión, por los clavos y la lanza. Yo beso en espíritu, adoro con fe, considero con amor, reconocimiento y admiración esas benditas señales, y quiero fijar en ellas

las miradas de mi alma, estudiarlas y comprender sus misterios.

Oh Jesús, dejadme penetrar en vuestras Cinco Llagas, con María vuestra Madre, con San Juan, con Magdalena, con Francisco de Asís y los Santos de todos los siglos que más tiernamente las hayan amado y estudiado más amorosamente. Purificadme, iluminadme, inflamadme.

¿Qué son, pues, vuestras Llagas? ¿Como fueron hechas?

El Salvador había subido las peñas del Calvario, agobiado bajo el peso de su cruz, debilitado por sus tres caídas en el doloroso camino, vestido con un manto que se pegaba á las llagas hechas por los azotes en las espaldas, la cabeza herida por todas partes por las espinas de la corona, con las mejillas desgarradas por las bofetadas, cubiertas de lodo y de araños, con los ojos empapados en lágrimas y en sangre.

A eso del mediodía le despojan de sus vestiduras y le arrancan la corona de espinas. Entonces se ve brotar su sangre de mil fuentes á la vez, jirones de carne arrancados con los vestidos; y la augusta y santa Víctima aparece en una humillante desnudez á las miradas

curiosas, insultantes y feroces de sus verdugos. Este ignominioso tratamiento hace temblar su naturaleza humana de un modo que supera á lo que expresarse puede: esto es el colmo del insulto y de la indignidad. Ellos le presentan entonces un vaso lleno de hiel y vinagre. Jesús lo toma para añadir este suplicio á todos los demás; después vuelve á otro lado el rostro, como para indicar que conoce el sacrilegio pérfido de los verdugos. La cruz está extendida en el suelo: acuestan bruscamente al Salvador. Jesús se deja hacer esto con tanta dulzura como el niño á quien su madre acuesta en la cuna. Silencioso y dulce, con los ojos fijos en el cielo, se extiende sobre la cruz como Isaac sobre la leña, y entregándose á la furia de los verdugos, se abandona al amor, á la justicia y á la majestad de su Padre. Tres agujeros habían sido practicados de antemano en la cruz, dos para las manos y uno para los pies. Los verdugos toman la mano derecha de Jesús y la sujetan al brazo derecho de la cruz; le abren la palma de la mano, fijan á ella un grueso clavo, largo y triangular; y al golpe del martillo lo hacen penetrar primero en las carnes y después en el leño de la cruz. Se oyen los golpes sucederse unos á otros, ya agudos, ya sordos, según pegan

en el clavo ó hieren la mano del Salvador. Los músculos se quiebran, los nervios se rompen, las carnes se desgarran; el clavo ha atravesado la mano y pasa al otro lado de la cruz. Jesús continúa en heroico silencio; ni un movimiento de impaciencia, ni una sola queja; su mirada compasiva se dirige con bondad infinita hacia sus verdugos, y después se fija de nuevo en el cielo.

Y entrega su mano izquierda. Mas ésta no puede alcanzar al lugar que le ha sido marcado de antemano. La violencia de la crucifixión de la mano derecha había atraído todo el cuerpo hacia ese lado. La escena que siguió fué horrible. Los verdugos estiraron con todas sus fuerzas el brazo izquierdo; pero no podía alargarse bastante. Ellos apoyan sus rodillas sobre las costillas, á las que esta violenta presión desgoberna sin romperlas, y dislocando el brazo de Jesús, logran extender su mano, hasta el lugar prefijado. Los horribles golpes del martillo comienzan á caer sobre esta mano y su eco va á resonar en el corazón de María y de las santas mujeres, interrumpido únicamente por las blasfemias de los verdugos y las risas satánicas de los fariseos y de los sacerdotes. Las piernas de Jesús son también estiradas

con brutalidad; el cuerpo estaba enteramente contraído por bárbara tensión de los brazos y sus rodillas estaban muy forzadas. Los verdugos unieron dos cordeles á sus piernas; y mientras unos estaban de rodillas de miedo que no cediese al esfuerzo y para impedir que las manos, desgarrándose por completo, se saliesen de los clavos, otros estiraban violentamente hasta que los pies llegasen hasta el agujero practicado para ello. Esta fué una dislocación espantosa. Todos los huesos de Jesús tronaron á la vez, las protuberancias y las junturas de los huesos aparecieron á través de la piel. Esta dolorosa profecía fué entonces realizada: «Han taladrado mis manos y mis pies y se pueden contar todos mis huesos.» Habiendo logrado los verdugos estirar bastante los pies de Jesús, fueron éstos colocados al punto uno sobre otro, y á través de la masa sólida de los músculos trémulos y agitados, el clavo penetró lentamente, haciendo sufrir á Jesús una agonía inexplicable, á causa de la falta de fijeza del pie en esta posición.

Ya sumidos los clavos, se volteó la cruz para remacharlos: Jesús fué puesto con el pecho contra la tierra. El peso de la cruz, redoblado por cada uno de los golpes del martillo que

pegaban sobre los clavos para asegurarlos, le martirizaba, oprimiéndolo violentamente contra las asperezas de la roca; su pecho oprimido apenas podía respirar, sus manos y sus pies estaban en un estado atroz: todo era un montón de carne despedazada y palpitante, de donde la sangre corría á torrentes.

Levantán la cruz y la ponen en un profundo agujero que debe recibirla: cada sacudida desgarrá más las manos y los pies de la augusta Víctima; cae de repente con violento estruendo al fondo de la cavidad; todos los huesos de Jesús se entrechocan, sus llagas se agrandan más y su sangre corre con mayor abundancia.

Esas cuatro grandes Llagas abiertas en las manos y en los pies de Jesús fueron expuestas al sol ardiente, sin ser cubiertas durante las tres horas que permaneció en la cruz: la posición perpendicular del cuerpo continuaba agrandándolas insensiblemente: cada minuto renovaba el dolor que había tenido al abrirse.

Jesús exhaló el último suspiro. Un soldado se acerca á la cruz y de un lanzazo le traspasa el pecho de parte á parte, atravesándole el corazón. Al sacarla, el hierro hace brotar un doble torrente de sangre y agua que cae sobre el soldado, y alcanza también como el ladrón

penitente un bautismo saludable. Esta herida es la última que recibió Jesús; no le ocasionó dolor alguno, porque el alma había abandonado al cuerpo, pero Jesús había aceptado de antemano esa ignominia y la había hecho meritória.

Lavadas cuidadosamente por María y por Joseph de Arimatea, fueron cubiertas de besos por la Madre y por sus compañeras, y envueltas en unas vendas: ellas imprimieron su traza sobre el lienzo que envolvió al cuerpo de Jesús. El día de la Resurrección la Omnipotencia Divina las curó, puso en su lugar los músculos desmembrados, reanudó los nervios reventados y los tejidos destrozados; pero quedó la cicatriz netamente aparente, con una abertura milagrosamente bella y graciosa. Y cuando Cristo resucitó ellas adornaban sus manos, sus pies y su pecho como la marca indeleble de su victoria. «Ven, Tomás; ve mis pies y mis manos y pon en ellos tu dedo; mira mi costado; pon tu mano en la herida de mi corazón, y cree firmemente que yo soy.»

○ Cuando el pleno mediodía de la Ascensión permitió al Salvador levantar todos los velos bajo los cuales tenía cautiva la gloria de su cuerpo, las Cinco Llagas aparecieron brillantes

como unos soles. Los ángeles llegándose apresurados á su triunfo, exclamaban admirados: «¿Qué significan esas Llagas en vuestras manos?» Y las contemplan en extásis indecible; María, José y los Santos las adoran y las besan con transportes de respeto; Jesús las guarda como el trofeo de su victoria; las muestra á su Padre como la prueba de su amor, como el signo de su obediencia, como el precio de la redención y como el rescate de los elegidos.

En el día del juicio, ellas brillarán con un brillo vengador y harán retroceder de espanto á los malvados que hayan despreciado los tesoros de misericordia que ellas les ofrecían para su salud; ellas serán para los justos, la prenda del juicio misericordioso y de la bendición eterna; después, durante la eternidad de la eternidad, se les cantará, se les adorará, se les bendecirá en la alegría.

Esperando, siempre que las palabras de la consagración se escapan en su vuelo atrevido que nadie detiene, hacer venir al Cordero vivo sobre su trono, para constituirlo sobre el altar en el estado de su inmolación eucarística, la humanidad de Cristo, que se encuentra toda entera bajo las especies con todos sus miembros, se encuentra también con sus manos, sus

pies y sus costados traspasados. Esta Hostia es la Hostia de las Cinco Llagas. Lo que ella contiene sois Vos, oh Jesús, que tendisteis vuestras manos y vuestros pies á los verdugos que querían traspasarlos; Vos, que padecisteis todos los tormentos de la Crucifixión; Vos, que recibisteis todos los golpes de los crueles martillos; Vos, cuyo costado fué abierto y cuyo Corazón traspasado por la lanza. Y guardáis en vuestro Sacramento para darme su fruto y sus virtudes, con las cicatrices y los rastros de vuestras Llagas, todo el amor, toda la paciencia, todos los méritos que tuvisteis al recibirlos por la primera vez. ¡Jesús, Jesús, yo adoro vuestras cinco Llagas! Yo las adoro en el Calvario á la hora en que las recibisteis; yo las adoro en el cielo, como emblema de vuestro triunfo; las adoro en el Sacramento, como prenda de mi salud.

II.—ACCIÓN DE GRACIAS.

El amor de las Cinco Llagas.

Él ha sido sacrificado porque lo ha querido, como el Cordero entre las manos de aquel que le sacrifica. Él ha sido sacrificado y no ha abierto la boca para quejarse.

Conocemos el hecho de las Cinco Llagas. Es necesario contemplar su amor para alimentar en nuestra alma los sentimientos de gratitud que reclama este admirable y dulcísimo misterio.

¿Quién podrá comprender vuestro amor cuando os dejasteis traspasar las manos, los pies y el costado?

Fué el amor quien os hizo aceptar ese suplicio. En verdad que ellos os tenían sujeto, que os habían amarrado con cuerdas; ellos eran el número, ellos eran la fuerza; pero si Vos no lo hubieseis querido positivamente, ¿hubieran podido teneros un solo instante? Vos os entregabais aunque ellos no quisieran aprehenderos. Fué vuestro amor quien os encadenaba. Él quien mantenía en la inacción las legiones impacientes de vuestros ángeles, dispuestos á vengaros; él quien contenía vuestro poder, vuestra majestad, vuestra santidad y que reducía todos los derechos de vuestra divinidad á sufrir hasta el fin tan odiosos tratamientos. Cada uno de los malos tratamientos de vuestros verdugos lo queráis y aceptabais libremente y por amor; á cada golpe del martillo respondíais por un nuevo latido de vuestro Corazón que gritaba: ¡Amor, más amor! Y el sufrimiento de cada músculo roto, de cada nervio reven-

tado, de cada gota de sangre que corría, le habíais previsto distintamente, aceptado individualmente, y le acompañabais del silencioso cántico de amor que cantabais dentro de vuestro Corazón á vuestro Padre y de las palabras secretas de perdón que derramabais sobre nosotros. Golpead, verdugos, herid, desgarrad; bajo vuestra opresión, esta masa enrojecida arroja sin cesar torrentes de amor más puro, más ardiente y más dulce. Abrid esas manos que han trabajado tanto, esos cansados pies, y mostradnos el amor que les sostenía y les conducía, que hacía esas manos tan benéficas, esos pies tan bellos y tan presurosos en correr al socorro de todas las miserias. Abrid, abrid sobre todo su pecho, y que veamos descubierto ese Corazón que animaba aquella vida, dedicada por completo á hacer el bien, el foco de tantas palabras de luz y de vida, la fuente de tanto amor y de tanta ternura, el centro de tantas virtudes humildes y sublimes, fuertes y dulces, tan humanas y á la vez tan divinas.

Vuestras Llagas, oh Jesús, son la grande lección del amor que sufre por los que ama, la lección de la paciencia en el sufrimiento.

Su vista es quien ha sostenido á los mártires en los suplicios.

Sólo su vista puede dar la paciencia sobrenatural en ese otro martirio, al cual estamos expuestos todos, de las heridas, de las debilidades, de las enfermedades, con su cortejo necesario de dolorosas operaciones y de inclinaciones aun más dolorosas, de remedios insupportables y de humillantes sujeciones.

Yo sufro cruelmente: mis nervios están excitados violentamente; las crisis agudas se suceden y se prolongan; mi llaga está envenenada; yo me siento roer por estas úlceras; un fuego interior me consume, la fiebre me devora. ¡Cuán largos son mis días y cuánto más largas son mis noches! Muchos años ha que estoy en este tormento; ¿cuánto tiempo durará todavía? Meses, años tal vez, siempre quizás. ¡Oh martirio! ¡Oh misterio cruel! Sufrir, siempre sufrir! Este es un infierno. ¿Qué he hecho yo para esto? ¿Lo he merecido más que otros?

Á estas terribles cuestiones que mi razón no puede resolver; á estas quejas que nada en el mundo puede apaciguar, ¡ah! bendito y mil veces bendito seáis por haber dado la respuesta sufriendo primero por amor hacia mí, oh Jesús. Vos no merecisteis esos sufrimientos. Vos podíais satisfacer la justicia de vuestro

Padre por mil otros medios que sabe vuestra sabiduría infinita; pero Vos pensabais en mí; Vos sabíais que yo sufriría y que debía padecer la tortura del hierro y del fuego en mis miembros y quisisteis darme ejemplo y valor. Heroico Jesús, de un solo golpe Vos habéis sufrido más que cualquiera criatura humana, y habéis tenido más dolor que el que todas juntas pudieran tener. Las manos y los pies perforados, atravesados por gruesos clavos á fuerza de martillo, después de que los azotes han herido vuestras espaldas y descubierto vuestras costillas; después que la corona, clavando sus dardos en vuestra cabeza y en vuestra frente, ha herido tan profundamente ese centro de toda sensación, destrozándola de dolor! ¡Oh Jesús! ¡Oh Jesús! ¡Y todo esto únicamente por mí! ¡Y en un cuerpo tan delicado, tan sensible! ¡en un organismo tan perfecto! ¡Y todo esto sin tregua, sin alivio, sin que una sola gota de agua haya refrescado vuestros labios, ni una sola gota de aceite mitigado el fuego de vuestras Llagas, ni una sola gota de vino fortificado vuestras carnes; sin que un solo lienzo ó una sola venda haya ceñido esas Llagas y contenido esa sangre y sujetado esas carnes destrozadas. ¡Ah, si se unen conmigo,

de todos los tiempos y todos los lugares, los mutilados, los heridos, los sentenciados! Aquellos á quienes el cáncer, la úlcera, la lepra ó la gangrena devora incurablemente, todos aquellos que están en el suplicio del sufrimiento corporal y ellos conmigo, debemos confesar que nuestras torturas no son comparables á las vuestras y que en la hora sola en que vuestros pies y vuestras manos fueron atravesados, habéis sufrido más que nosotros. ¡Y todo lo padecisteis sin quejaros, sin enojaros ni contra el mal, ni contra los verdugos que os torturaban, ni contra vuestros amigos que os abandonaban! ¡Y era el amor quien os entregaba á ese suplicio, el amor quien os mantenía en él el amor quien cerraba vuestra boca á las quejas y derramaba en vuestro mirar aquella dulzura, aquella paz, aquel abandono! ¡Gracias, gracias, oh Jesús! Yo tengo el secreto de mi sufrimiento, el remedio á mi impaciencia: tengo la respuesta á mi razón preocupada y á los gritos de mi naturaleza que sucumbe. ¡Que yo os vea, y basta! Si me quejo más, si lloro, si desfallezco, á lo menos que mi mano oprimiendo vuestra imagen, que mis labios besando vuestras Llagas, que mis ojos fijos en Vos os digan que yo acepto todo por Vos y que mi

amor pronuncia el sí que triunfa de mí mismo y del dolor y que á pesar de todo, os amo.

Mas estos surcos en las manos y en los pies de Jesús son demasiado profundos para no ser más que los caracteres grabados de esta grande lección de la paciencia en el sufrimiento. Verdugos, ¿qué hacéis, pues? ó mejor dicho, amor que los obliga á hacer ciegamente tu obra, ¿en qué los empleas ya? Y el amor ha dicho: Atravesad, herid, abrid más. Yo quiero que estas Llagas sean un santuario y una fortaleza, un asilo y un refugio, un retiro y una morada, un puesto y un abrigo. Yo quiero que entren allí, que habiten allí, que estén allí cómodamente, que se abriguen allí y que puedan ocultarse y desaparecer enteramente.

Venid á mí todos los que sufrís, que estáis apenados, alarmados, tentados, acusados, engañados, traicionados, calumniados, desconocidos, despreciados, vacilantes, amenazados, perseguidos, abandonados, agobiados, atemorizados, desesperados; vosotros, cuyos ojos lloran, cuyo corazón sufre, cuyo espíritu está sumergido en las tinieblas, cuya alma está bañada en la amargura, y la vida rota para siempre; vosotros los que no veis por todas partes más que espantosas tempestades, ó un silencio aun

más desolador; quienes quiera que seáis, cualquiera que sea vuestro dolor y su duración y su causa; que lo hayáis merecido por vuestros pecados ó que sólo sea una prueba, venid á mí. No desesperéis, no os condenéis; cesad de descender hacia el abismo; ó si el abismo os llama inexorablemente, arrojao en el abismo de mis Llagas y de mi Corazón! mi Corazón os está abierto. Yo os espero allí con las manos abiertas llenas de bálsamos saludables. ¡Yo los verteré sobre vuestros dolores, con una atención y una delicadeza y una paciencia que la mejor de las madres ignora para su hijo, ni el más caritativo de los médicos para su enfermo de predilección!

¡Oh palabra de vida, de paz, de esperanza y de salud para mi pobre alma culpable y desgraciada! Pero ¿donde estáis, Jesús? ¿Acaso me esperaréis en el Calvario de Jerusalén? ¿Acaso en el cielo deberé buscar vuestras Llagas para refugiarme en ellas? ¡Oh Jesús! ¡Nosotros estamos muy lejos del Calvario y mucho más lejos del cielo todavía! ¿No podremos encontrar vuestras Llagas en el mismo lugar de nuestros sufrimientos, y á nuestro lado, cerca de nosotros? Y si solamente el Crucifijo bendito me ofrece el ejemplo, y la gracia, y el refugio de

vuestras Llagas, oh Jesús, aun ese Crucifijo no es más que una imagen y un recuerdo; necesito más: vuestras Llagas con la Sangre, con el amor, vuestras Llagas con Vos mismo, Vos que habéis sufrido y que me habéis amado! Y el amor ha prevenido este deseo y satisfecho esta necesidad de mi Corazón! En la Hostia, bajo el velo Sacramental, el Salvador guarda en sus manos, en sus pies y en su costado las llagas de su Pasión; ellas permanecen abiertas y continúan destilando su bálsamo compuesto de la sangre, del sufrimiento y del amor de Jesús, y ellas nos lo aplican. Y estas Hostias están por todas partes; estas Hostias os siguen, os envuelven y os contienen, y son, en verdad, el Jesús que ha sufrido por vosotros, y es él mismo quien os presenta abiertos, hospitalarios y seguros esos refugios tan sagrados y dulces. Entrad en ellos por la comunión; penetraréis mucho más por la comunión en las llagas del Salvador que lo que penetraron los clavos y la lanza del centurión; entraréis en ellas más profundamente que Tomás. Besad en espíritu la entrada de estos saludables retiros; pegad vuestra boca á esas venas de una agua tan límpida y tan fresca; dejad esas fuentes puras correr sobre vosotros y cubriros; bañaos en esas aguas

de vida; verted sobre vuestras llagas la esencia de esas rosas encarnadas; en fin, reposa y gustad en ellas cuán dulce es el Señor. Haced á menudo, haced todos los días esta consoladora experiencia; pero tened fe y confianza, y bendecid con los acentos de la verdadera gratitud á la Hostia de las Cinco Llagas, á la Hostia del sufrimiento, aceptada y deseada y llevada por amor, la Hostia en que el Salvador os da todas las gracias, todos los ejemplos, todas las virtudes de su sufrimiento; la Hostia que os rendirá la paciencia y la resignación, la fuerza y la esperanza, la Hostia que habrá sufrido vuestros propios dolores con vosotros, en vosotros y más que vosotros, uniendo á sus Llagas vuestras llagas, todas vuestras llagas, las de vuestros miembros y las de vuestra alma, para curarlas, santificarlas y hacerlas fecundas.

III.—PROPICIACIÓN.

La expiación de las Cinco Llagas.

«Él ha recibido estas Llagas á causa de nuestras iniquidades; ha sido maltratado á causa de nuestros crímenes.»

Es vuestro amor, oh Jesús, quien acepta estas

Llagas con sus crueles sufrimientos; pero es el pecado quien las causa; y por expiar los pecados cometidos por las manos, por los pies y por el corazón del hombre, las recibís en vuestras manos, en vuestros pies y en vuestro corazón.

Así, pues, en las Llagas de vuestras adorables manos debo ver la gravedad de los pecados cometidos por mis manos, en las de vuestros sacratísimos pies comprenderé el mal de los pecados, cuyo instrumento son mis pies; y considerando vuestro Corazón abierto por la lanza, comprenderé la iniquidad y los crímenes de mi Corazón; y la sangre, el sufrimiento y la virtud de estas Llagas purificarán mis acciones, mis pensamientos y mis afectos.

Hemos elevado nuestras manos en nuestro loco orgullo—*manus nostra excelsa*;—y hemos dicho: ellas están libres de todo yugo; ellas hacen maravillas de poder; nada las detiene: ellas penetran las montañas y suprimen los espacios; ellas arrojan en la urna el voto que hace la autoridad de las leyes y las de los gobiernos populares: ¿tenemos otro Dios á quien adorar que la obra de nuestras manos?—Y á causa de este orgullo que el hombre saca de las obras de sus manos, las vuestras, oh Jesús, que son las del Dios Criador, las manos omnipotentes,